

SUELA — SUELA

Para CALZADO

CONSTANTEMENTE GRAN SURTIDO EN LA

BODEGA INTERNACIONAL

50 VARAS AL OESTE DEL BANCO INTERNACIONAL

alejaba de los lugares donde la ultrajaban, con la boca ensangrentada. Cuando la veíamos con los labios llenos de sangre, sabíamos que La Eva tenía hambre, o la habían castigado, o había dormido en la calle. Tenía, además, otras cualidades, nos entretenía con historias llenas de dolor y de odio, o de amor y de liberalidad. Contaba la vida de algunos Santos, veneraba a las monjas y odiaba con odio salvaje a las señoras de la ciudad, de quienes huía siempre, o nos obligaba a insultarlas a más no poder.

—No más juegos, no más bochinche, las monjas están ya en el coro... Y la voz ronca de La Eva iba disolviendo grupos, acallando gritos, extendiendo por la plazuela de El Topo la paz silenciosa que envolvía a toda hora el convento de concepcionistas, paz turbada únicamente por nuestros juegos o por las notas del órgano que acompañaba los cantos de las monjas.

Entrábamos al templo lleno de notas que bajaban del coro, se arrastraban sobre los muros, se escondían en los confesionarios, buscaban salida a través de los vitrales verdosos y morían arriba, en los artesonados, entre la maraña dorada que temblaba en los reflejos de dos luces que ardían en el altar.

En la pequeña capilla de la izquierda, única del templo, La Eva nos decía la vida de Santa Rosa de Lima, pero no estaba satisfecha con adornos de piedras prendidos al retablo y que le formaban collares y zarcillos a la Santa. Ella era sencilla, nos decía, bondadosa, pura, no usaba joyas como las señoras. Frente al retablo de Santa Rosa, en un nicho de madera dorada, extendía la mano derecha una estatua de santa que llevaba en la mano iz-

quierda dos grandes panes. Cara morena, ojos con mirada fija como si escrutasen una inmensidad, de la cabeza le caía el pelo maravillosamente tallado en madera que le formaba un vestido completo hasta la mitad de la pantorrilla, pies desnudos. Aquella estatua nos producía miedo. La mirada llena de dolor y de angustia, el brillo de la cara, el vestido de pelo, las manchas de sangre en las pantorrillas y en los pies, inspiraban cierto terror sagrado, que nos obligaba a huir de la capilla, antes de que las sombras de la tarde la llenasen de oscuridad.

—¿Qué santa es ésta? Preguntaba alguno.

Santa María la negra, contestaba La Eva. Pero nada más sabía de la vida de esa santa. Cada uno daba el detalle que le impresionaba, mientras La Eva, humillada por no poder contar-nos la vida de Santa María, se mordía el labio inferior,

Morían los cantos en el coro, la iglesia se poblaba de ruidos, muebles arrastrados, toses femeninas, golpes de puertas. Afuera el murmullo sordo de los eucaliptus mecidos por la brisa, los gritos de la chiquillería que iniciaba de nuevo sus juegos. Sentada en las gradas del atrio, La Eva seguía mordiendo su labio inferior, triste porque no sabía la vida de Santa María la negra.

Sopló la vida sobre los grupos infantiles de la plazuela de El Topo, y cada uno de nosotros por distinto camino fué tejiendo su propia historia con esfuerzos, lágrimas y dolores. Ya aquel rectángulo donde crecía la grama a la sombra de eucaliptus y cedros, la blanca iglesia del convento, las notas del órgano, el canto de las monjas, la

capilla con sus estatuas y retablos, surgían del mundo de los recuerdos con el encanto delicado de una vieja leyenda, amarga y melancólica, poblada de figuras que se perdían por caminos tortuosos en las sombras del olvido.

Fue una mañana de sol, clara, tibia, en que la luz cruda sonreía con descarado cinismo sobre los techos de una de las salas de San Juan de Dios, cuando la Hermana Claver se acercó a la mesa donde escribía alguna historia clínica, para preguntarme si yo conocía a la pensionista N.º 6.

—Personalmente, no, Hermana, contesté.

—Ella quiere verlo, me dijo la Hermana, sospecha haberle conocido cuando era niña, me vuelve loca con preguntas sobre la vida suya que yo no puedo contestar, y es tan sentida la ansiedad de esa pobre por saber tantas cosas que Ud. puede decirle, que yo, en conciencia, he acabado por desear una entrevista para calmarla.

Fuimos al cuarto de la pensionista número 6.

La Hermana Claver caminaba aprisa por los corredores altos, como si en realidad se tratase de un caso grave, un caso de conciencia, ella lo decía. Con las manos metidas debajo del delantal azul, sonriente, satisfecha y sencilla, iba adelante; el ruido que producían sus rosarios y medallas hacía que las huérfanas del hospicio que lavaban ropa en el patio, levantasen sus caras sonrosadas y regordetas. Ya en el cuarto de la pensionada, abrió la ventana que caía sobre un patio oscuro y húmedo, donde trabajaban obreros de latonería. De aquel patio, siempre lleno de gritos, martillazos, cantos, subían por la mañana y al atardecer los acordes destemplados de un piano en el cual alguien intentaba tocar ai-

Muebles nuevos o usados

los encontrará en todas partes, pero baratos, fuertes, elegantes y garantizados, SOLAMENTE dónde **Enrique Gómez**; la casa mueblera de San José mejor surtida. Si Ud. vende sus muebles, llame al teléfono 3396. Avenida Central, frente al Teatro América. 2249.

res de valse, sin que lograrse jamás con el ritmo de tres compases. Las notas locas se unían al continuo jadeo del trabajo y aumentaban el bochinche endiablado de aquel antro.

La luz se derramó por el cuarto y obligó a la enferma a defenderse cubriéndose la cara con las sábanas. Rápida, la Hermana se acercó al lecho, y dijo: aquí tiene Ud. a quien tanto desea ver, él acaba de decirme que no la conoce.

Bajó las sábanas la enferma y clavó en mí sus ojos negros, enormes, brillantes. Fueron unos pocos minutos de mutua observación profunda. Sobre el cojín de un blanco azulado, reposaba la cabeza, cara pálida con ligeras sombras grises en la frente y las mejillas; cabellos blondos, secos, marchitos; nariz recta, boca grande, con labios húmedos, amaratados; barbilla huesosa con un pequeño lunar a raíz del labio. Aquella fisonomía no despertaba en mi memoria recuerdo alguno.

—¿La conoce ahora, sí? Preguntó la Hermana.

Cuando, después de vacilar, haciendo inútiles esfuerzos por recordar, iba

GARAGE PENON

AVENIDA 10 ª, AL OESTE DEL PELAYO

En este taller reparamos totalmente su auto o camión a dejarlo completamente nuevo; se lo pintamos con elegancia, le cambiamos la capota y le arreglamos el tapiz.

Nuestro lema es: Buen trato, rapidez y precio módico.

TAPICERIA FRANCESA DE MARIUS FERRAT

AVISA A SU NUMEROSA CLIENTELA Y AL PUBLICO EN GENERAL

Que ha hecho una considerable rebaja en los precios, garantizándoles que el material que emplea en todos sus trabajos es de SUPERIOR CALIDAD. La larga experiencia en el ramo lo ha hecho acreedor de la confianza del público. También se hace cargo de hacer cualquier clase de colchones, desde el más fino y elegante hasta el corriente.

No encargue sus trabajos de Tapicería sin consultar antes con MARIUS FERRAT

a mover la cabeza negativamente, observé un ligero rubor en la frente de la enferma, al mismo tiempo la boca se contrajo con un movimiento que despertó en mi memoria el recuerdo que buscaba. La enferma se mordía el labio inferior con dos incisivos finos y largos, calzado con oro uno de ellos.

Mi niñez, mi triste y abandonada niñez, la bella vida infantil sin ideas, sin aspiraciones, sin sentido... Mi rancho, la plazuela de El Topo, la iglesia del convento, los cantos de las monjas, la música del órgano, los retablos, las estatuas, los eucaliptus, los cedros... Mi vida pasada toda, desarticulada, se agitaba en mi cabeza como una nube de moscas, pude atrapar una, y muy paso me atreví a decir: La Eva?

—Sí me conoce, Hermana, me conoce, es él, exclamó la enferma con una voz grave y ronca, una voz casi varonil, e hizo esfuerzos para sentarse. La Hermana la calmó acariciándola.

—Me conoce, sí. Yo soy La Eva, Hermana, ese es mi verdadero nombre. La Eva... Cómo era doloroso ese nombre en otro tiempo. Cómo es dulce ahora... La Eva... La Eva... Y con una risa nerviosa que no la impedía llorar a torrentes, seguía repitiendo La Eva... La Eva...

Del patio del hospital llegaban los golpes sordos de la ropa húmeda gol-

peada contra los lavaderos. Yo veía el mundo que se agitaba dentro del cerebro de la enferma. Hubiera podido, la habría estrechado contra mi pecho. Habría buscado como en otras épocas las esquistosis y lacraduras de golpes y pedradas, para curarlas con ternura fraternal. Recogerla entre mis brazos, llorar así unidos, lo irremediable de su mal, oír cerca, muy cerca, en voz baja y tierna, la historia de su vida, la historia de los dolores que la marchitaban tan temprano...

—¿Has vuelto a nuestra ciudad?

—Anualmente la visito.

—¿Y vas a la plazuela de El Topo?

—Rara vez.

—¿Todo está lo mismo?

—Han cortado muchos árboles. Lo demás siempre igual.

—¿Juegan los niños como jugábamos nosotros?

—Sí. Los infelices, como éramos nosotros.

¿Y la capilla?

Una explosión de notas arrancadas al piano subió del patio donde trabajaban los obreros. Era el mismo aire de valse que ensayaba a horas determinadas algún obsesionado. Hice una mueca de fastidio. La Hermana, que había permanecido cerca del lecho de La Eva, nos dijo:—Es la pobre Conchita, la esposa del maestro latonero; está medio loca y no sé de dónde han sacado ese piano; ella recuerda su juventud tocando Strauss. Qué va a recordar nada, sufre tanto con la miseria... Y aprovechó el momento para hacerme una mueca con la cabeza que yo pude traducir así: siempre era un caso de conciencia, estoy tranquila.

—No, Hermana, no lo crea. Hace diecisiete años que nos separó la vida, ella tiene veinticinco, yo veintitrés... Son recuerdos de infancia, Hermana, puros, inocentes... Y volviéndome a ella contesté:

—La capilla? Lo mismo, nada ha cambiado allí.

TALLER

ROSALES

HOJALATERIA, FONTANERIA
Y ELECTRICIDAD

Se hace cargo de cualquier trabajo concerniente al ramo.

Prontitud, esmero,
Y PRECIOS BAJOS

Al lado del Garage Alfaro
Teléfono 3250

—Ya sabes la vida de Santa María la negra?

—¿La qué? Interrumpió la Hermana.

—Es Santa María Egipciaca contestó La Eva, la llaman así porque era de Egipto. ¿Conoces la vida de la santa del pelo largo?—Nó.

—Quiero contártela. Y con ademán cariñoso me invitó a sentarme sobre su lecho.

—Es mi historia, mi propia historia, escúchala:

Nació en Egipto, pero ella tenía padres, yo no los tuve. Muy niña huyó de su hogar y fué a Alejandría, donde se entregó a todos los placeres y arrastró por las calles y plazas el vicio y el escándalo. Yo, tú ignoras todo esto, yo no huf de mi hogar, que nunca lo tuve, huf de la miseria sórdida de nuestro barrio, y fuí vendiendo placer por todas las ciudades a quien lo solicitaba. He recorrido las modernas Alejandrías de dos continentes, he absorbido la abyección de muchos pueblos y ese veneno es el que ahora me mata... La Santa expió sus errores, hizo penitencia, los dos panes que lleva en la mano la estatua, recuerdan el milagro de su sostenimiento durante cuarenta y cuatro años. Cuando sus vestidos se cayeron hechos jirones, el cabello la envolvió como un manto. Y cuando murió, un santo le dió sepultura. Yo no he visto a la Virgen María, yo no he ido a Jerusalén, ni al desierto, como la Santa... Pero mi vida toda no ha sido una expiación? Mi niñez... Ultrajes, desprecios, castigos... ¿Después? Sacó las manos de entre las sábanas, extendió sus brazos enflaquecidos, describió un amplio semicírculo y llevó las manos a la cara. Después, una inmensidad de horrores, de tristezas, de infamias...

Comprendes ahora mi ansiedad por verte? ¿Comprendes mi horror al absoluto olvido? Muero ya tranquila, tú no dejarás que mi pobre cuerpo sea despedazado en los anfiteatros; esa idea ha sido mi pesadilla, era quizás la única desgracia que temía con espanto. Tú me enterrarás, me olvidarás luego, pero si alguna vez visitas nuestra capilla de El Topo y te detienes ante la estatua de Santa María Egipciaca, recordará a La Eva, sí, la recordarás... Cómo me alivia esta imaginación... Dile a la Santa, que la niña encontrada en un zaguán por el leñador del páramo, murió en un hospital, triste, porque nunca supo qué falta expiaba en la vida... Dile que yo también, como ella, me arrastré por los senderos de los vicios y también como ella expié mis errores... Rézale una oración, rézale...

—El no sabe rezar, interrumpió la Hermana.

—Hay tantas maneras de rezar, Hermana, contestó La Eva, y estalló en llanto. Yo rezo así, así, siempre he rezado lo mismo... Y seguía llorando con una tan sentida ternura, que la Hermana volvió a acariciarla.

El retintín agudo de una campana que se acercaba interrumpió las palabras de consuelo de la Hermana. Pasó el Capellán con el Viático para algún agonizante. La Hermana se arrodilló. El piano continuaba con la zarabanda de notas desarticuladas y sin sentido. Tras del Capellán venía la visita diaria de los médicos. Nos retiramos...

La Eva murió tres días después...

.....

Cuando llego a la pequeña capilla de El Topo y veo en un nicho de madera la estatua de Santa María Egipciaca, me detengo ante ella, viene a mi memoria el recuerdo de La Eva, su historia, sus dolores, se confunden con la historia de la Santa, cuya mirada me impresiona todavía. Siento un profundo dolor que desgarrar fibras íntimas adornadas por el beleño de la indiferencia, recuerdo las palabras de La Eva: dile que yo también expié la fatalidad incomprensible de la vida, dile que el olvido y el hospital son más espantosos que el desierto...

Después, creo que he rezado ante la estatua de Santa María Egipciaca, que he cumplido la exigencia de La Eva en su lecho de muerte... Hay tantas maneras de rezar...



La CERA

POLIFLOR

conserva sus pisos y les dá el mejor brillo.

ADemás, las tapas Poliflor se cambian por preciosos obsequios en nuestro almacén.

SASSO HERMANOS

San José
Distribuidores Exclusivos

INICIACIONES PELIGROSAS

Por MAD. VERINE

Ser madre es presentir el peligro, poner a los pequeños en guardia contra éste, proponerse armarlos a fin de que se defiendan y para que las fuerzas malignas de la vida no destruyan sus buenas energías. Ser madre es incubar, es instruir para preservar. Porque queremos a nuestros hijos muy puros procuramos educar sus sentidos y sus sentimientos. La pureza no tiene nada que ver con la ignorancia. «No hay que confundir—escribe el P. Gillet— inocencia e ignorancia. Hay también—añade— inocencia e inocencia. Hay una inocencia negativa que no es aún la virtud de la castidad, y una inocencia positiva que se confunde con ésta. La primera se mantiene en el ambiente de la ignorancia; la segunda nace y crece al sol de la verdad». Esta educación de la pureza a la luz del día se halla, piensen como quieran los profanos, en las tradiciones de la Iglesia. Si la Iglesia se mantiene inmutable en sus dogmas, no deja de adaptar continuamente sus enseñanzas a las necesidades del momento. Sin embargo, al decir San Agustín: «No hay más impurezas en la naturaleza que las que algunos encuentran en su espíritu», se expresaba audazmente. En la edad media, al decir Sto. Tomás: «Una conversación sobre asuntos venéreos es virtuosa cuando conduce a la cultura científica de la inteligencia», se expresaba también audazmente. Pero teniendo en cuenta el relajamiento de las costumbres, estas audacias eran necesarias.

En el momento actual es tan grande la decadencia de las costumbres y tales los peligros de contaminación, que la Iglesia cree necesario educar e iniciar a los niños, y conviene que se les eduque más firme e inteligentemente que nunca. El mal no ha de encontrarles desamparados sino armados; de aquí que la iniciación científica deba cimentarse en una sólida educación moral.

En la hora actual es imposible pretender que nuestros hijos ignoren el mal: ¡está doquier! Nunca se había des-

plegado por la calle ni en las paredes con mayor cinismo; se infiltran incluso en nuestro hogar, a pesar de nuestra vigilancia, con el aire que entra de fuera con los periódicos, las relaciones o parentescos a los que hay que tolerar, con los compañeros de nuestros hijos, con las amigas de nuestras hijas, que de repente se emancipan, cuando su medio ambiente parecía inspirar toda garantía. Por todas partes se aspiran miasmas de indisciplina, de loca independencia, de sensualidad morbosa. Gozar es la palabra que se halla a la orden del día. La voz de orden de las multitudes; éstas cobran cada día mayor fuerza porque, hallándose amortiguadas las creencias, las élites pierden su prestigio.

ESCOBAS Y CEPILLOS

para todos los usos



San José,

Teléfono 2879

Nos hallamos en un cruce de caminos; lo que hay que reconstruir son las hélices; las selecciones burguesas, las selecciones obreras, sobre todo las selecciones maternas, las selecciones de juventud, pues el porvenir será lo que de él hagan nuestros jóvenes, y éstos serán según sus madres los modelen. Hay que afrontar los, pues, con la situación tal como es, dando la cara al peligro; hay que dar a nuestros hijos de ambos sexos, por medio de la iniciación, la razón de esta misma, el sentido de sus responsabilidades actuales y futuras: responsabilidades individuales para ellos en el momento presente, pero responsabilidades familiares y sociales para lo porvenir; hay que infundirles la noble ambición de ser valores útiles a la sociedad y al país, en vez de ser títeres movidos únicamente por el resorte de sus intereses personales, o fantoches que, con su egocentrismo, vanidad y mediocridad de alma, no hacen más que mantener en el pueblo sentimientos de sectarismo y de odio. Si me entretengo un poco en estas consideraciones, lo hago voluntariamente, porque las creo necesarias y porque hay que sentar el principio de que toda educación sexual que se encamine a un fin individual, será desastrosa, y que, para que dé frutos debe sentarse sobre fundamento moral, religioso y social.

Me diréis: «¡Pues si siempre supieron que era por obedecer los mandamientos de Dios!» Perfectamente, pero tanto mejor se obedece una ley cuanto más conocida nos sea su razón. Hay una obediencia pasiva, excelente, pero hay una obediencia inteligente, consciente, razonada, que vale más, pues hace más prosélitos. Nuestros hijos deben ser puros por obediencia a la ley divina, pero no deben ignorar que si la ley divina exige la pureza, la rectitud, la honestidad, es porque la pu-

Comprando donde le
obsequien el

TIMBRE LA FERIA

apreciará sus beneficios.

reza constituye la fuerza social más poderosa que existe.

Nuestras hijas deben ser iniciadas en el amor, pero más que describirles ciertas funciones, debe procurarse formar su espíritu. Deben observar una actitud, no simplemente de virgen austera (¡oh, cielos, qué de virtudes se harían antipáticas!), sino una actitud de virgen fuerte que imponga respeto, reflexión... y remordimiento saludable a esas locas vírgenes a medias de hoy día que, con el cigarrillo en los labios, adoptan muchas veces ¡ay! desde la edad de diez y seis años, actitudes provocativas de cortesana.

Si nuestros hijos ignoran hoy día todas las cosas de la vida, si no se hallan preservados de la impureza más que por tener el alma enfundada, caerán inevitablemente bajo la burla de sus compañeros, a los que no podrán responder, y éstos exclamarán: «¡Qué fea y qué estúpida es la virtud!», siendo así que ésta debe ser alegre, elegante, sencilla y ufana; ¡nada hiere tanto como el ridículo! Si recae la burla, siquiera una vez, sobre la pureza de nuestras hijas y la castidad de nuestros hijos, correrán el peligro de avergonzarse de su ignorancia, y reprocharán a la virtud la humillación que les hace sufrir, sin darse cuenta, puesto que no se les ha enseñado, de que la virtud tiene razones que la razón no desconoce, y

que ésta debe aducir noblemente cuando se les haga befa, pues ella es la mayor energía del mundo y porque únicamente ella es capaz de producir esas grandes dichas terrenas a base de sacrificio, a las que no alcanza la acción disolvente del tiempo.

¿Podemos dejar a nuestros hijos adiversar solos, sin brújula ni guía, el océano trágico de las sensaciones puberales? ¡Oh las espantosas tormentas que sacuden las voluntades jóvenes entre los 15 y los 20 años! ¡Cuántos padres se imaginan que a esta edad sus hijos no piensan más que en sus estudios clásicos o en el deporte, cuando la vida tumultuosa resuena en ellos con el fragor de un río que se desborda! Desconocen todavía los bellos ritmos de la vida; todo es en ellos preocupación, apetitos violentos, tumulto interior. He oído decir a algunas madres: «¡Este muchacho se vuelve raro; cambia de humor; tan pronto está cabizbajo, taciturno, como loco de alegría. ¿Qué le pasa?». Pues que sufre simplemente una inquietud fisiológica normal, que basta con ser expuesta a la luz para que se desvanezca.

Si los padres no hablan a esta edad tan peligrosa de la pubertad, el niño buscará a la sombra la solución de estos problemas más naturales que le obsesionan, y, falto de confidentes que le comprendan y le amen, irá a indagar fuera de la familia y con desagrado, como caigan en manos de amiguitos perversos, una verdad menguada y manchada. Hay muchachos que dicen a otros: «Dichoso tú, que puedes preguntarlo todo a tu mamá; la mía dice que la abrumo a preguntas; y no tengo la culpa de pensar siempre en ciertas cosas». Hay madres que, una vez ali-

mentado, vestido, limpio, instruido el hijo, creen que han cumplido ya, siendo así que aún falta lo esencial y más difícil, pues creo que es tarea más difícil sacar a un carácter de un caos de sensaciones, ayudar a un ser a crearse. No basta con advertir la presencia de los males; es menester conocer sus causas para desvanecerlos; no basta con dar principios a una juventud como las de hoy, que quiere saber el por qué de todo; hay que demostrarle la causa de los principios; no basta educar, sino que hay que iniciar; nuestra obligación no puede simplificarse cuando la vida se complica; hay que aceptarla y no pedir a nuestros hijos que nos dejen tranquilos, sino que tengan plena confianza en nosotros.

La iniciación sexual, para no resultar peligrosa exige previamente una sólida educación moral. La iniciación es una cosa trascendental y a la vez insignificante; no es nada si se considera el poco tiempo que se necesita para llevarla a cabo. Si la educación es obra de cada instante, si comienza con la primera lactancia y continúa todos los días hasta la edad en que nuestro hijo se halle en disposición de fundar, a su vez, un hogar y recibir el fuego sagrado de nuestros antepasados que nosotros le transmitiremos, la iniciación, por lo contrario ocupará tres o cuatro horas en el espacio de diez años, que suele ser generalmente entre los 8 y los 18. La iniciación, pues, no tiene importancia desde el punto de vista del tiempo; pero es, en cambio, enorme si se piensa en las profundas repercusiones que puede tener en la vida del joven o la señorita, según se haya hecho con acierto, o no.

BAZAR DEL MERCADO

De CHEPE ESQUIVEL

Ofrece a su numerosa clientela

SOMBREROS DE PITA Y ROPA PARA ESCOLARES

Es una enfermedad el amor romántico?

POR EL DR. E. B. ELLIOTT

Hablemos del amor. Y sobre todo de esa gran pasión devoradora que se llama el «amor romántico». ¿Vuestro espíritu no ha sido, alguna vez, violentamente sacudido por un grande y sublime amor, uno de esos amores que conducen al borde de la locura? Probablemente, sí. ¿Quién no tiene en la historia de su vida una página donde yace escrito un amorcito romántico.

Aunque otra cosa se crea, el amor romántico es un fruto de nuestros tiempos. En un libro titulado *La enfermedad del amor*, que no ha mucho publicó un famoso médico francés, el Dr. Paul Voivenel, hay unos párrafos que dicen: «El amor romántico es una enfermedad que hasta nuestros días, jamás afligió a la raza humana». Es

decir, que aun cuando se tache a la época actual de un medio donde no reina más que un turbio materialismo, nuestro buen doctor halla un lugar en los rincones secretos de nuestras almas, donde florece ese sublime amor que sólo consideramos privilegio de los personajes de novelas folletinescas o de las *films* acarameladas.

Por fortuna, según el Dr. Voivenel, casi nadie muere de ese mal y la mayoría que lo padece se cura completamente en un período que oscila de tres meses a un año, si se da libre curso a tal estado pasional, aun cuando no deja de reconocer que siempre hace grandes estragos, convirtiendo a sus víctimas, durante una temporada, en pobres guiñapos humanos, por cuyo

Rápidamente y con menos jabón,

*lave Usted su ropa más sucia
y manchada usando el*

Jabón LAVANDERA

(Especial para Ropa de Mecánicos)

INDUSTRIAL SOAP Co.

Agustín Castro & Cía.

Teléfono 3103

:—:

Apartado 271

motivo es preciso ponerse en guardia contra todo lo que huela a romanticismo amoroso más o menos platónico.

Basa su afirmación el médico francés aludido, de que el amor romántico es un producto de nuestros tiempos, en que si bien las grandes civilizaciones de Roma, Grecia y hasta las que citan los tiempos bíblicos, se fundaban sobre la institución del matrimonio, esos matrimonios no eran nunca precedidos por un noviazgo romántico, tal como el que se estilaba en la mayor parte de los países de hoy. Pues lo que los modernos llaman «amor», los antiguos lo consideraban «infatuación», o sea una especie de locura que amenazaba acabar con cuanto tenía delante, incluso con el ser amado.

En la Edad Media el casamiento tenía por objeto, primero, acrecentar la prole, a fin de obtener la mayor cantidad posible de jóvenes aptos para el

nia, suspendiéndose el matrimonio si alguna de las partes contrayentes mostraba un violento disgusto. Es decir, que esta primera y única entrevista de aquellos jóvenes cuyos padres los proponían en matrimonio, era la que decidía si los jóvenes se querían o no.

No hay duda, sin embargo, de que en el pasado no hubieran ejemplos de amores románticos: la historia nos habla de los de París y Elena de Troya, Antonio y Cleopatra, etc... Pero éstos fueron para los antiguos «excepciones irracionales» que iban contra la regla común y cuyos casos presentaban los padres a sus hijos, como horribles ejemplos de los desastres a que conducía un matrimonio por amor. No obstante, conviene tener presente que se trataba de bellos romances, engendrados por amores ilícitos, ya que generalmente uno o ambos protagonistas eran casados.

Es muy curioso de observar también, que los poetas de aquellos remotos tiempos fueron singularmente exagerados en sus descripciones de la belleza de sus tipos femeninos y de la fortaleza de los enamorados de quienes cantaban. Por entonces se prestaba poca atención a estos detalles, que no adquirieron su verdadera importancia hasta que llegaron los días caballerescos.

Con los trovadores comenzó lo que se ha llamado el «culto a la mujer». Ellos pusieron de moda el cantar a los ojos de la amada, envolviendo en una nube de metáforas los encantos de la mujer, al extremo de que todo buen caballero tenía que componerle un soneto a su dama o jugarle la vida en los más peregrinos y fantásticos lances. La mujer fué deificada casi como un ser sobrenatural y todo caballero estaba obligado a cortejar a la dama de sus ensueños lo más novelescamente posible. Fueron los inicios del amor romántico con todas sus desastrosas consecuencias. De entonces acá, ese fuego devorador ha ido tomando incremento y en nuestra época aquellos que más combustible le echan son los poetas líricos, los novelistas por entregas y los directores de películas que cuando les da por romantizar el amor en sus producciones de largo metraje no sólo trastornan a las almas sensibles y a los corazones de melcocha, sino que aún a los espíritus prosaicos los hacen poner los ojos en blanco y suspirar enternecidos. Se trata de una epidemia, dice el médico de referencia, que hace estragos en todas partes y

Dr. O. J. SILVA

ODONTOLOGO Y CIRUJANO
DENTISTA

OFICINA: AVENIDA 2, CALLES 7 Y 9

APARTADO 1188

SAN JOSE, CCSTA RICA

servicio militar, y, segundo, ningún matrimonio se llevaba a cabo sin miras interesadas de las familias cuyos hijos matrimoniaban. Estas formas aun se ven en los enlaces que se efectúan entre personajes de casas reales y principescas, donde sin tener en cuenta para nada los sentimientos de los contrayentes, lo único que se busca es asegurar el trono o las dinastías, las «razones de Estado» que se llaman. Por lo que los noviazgos de príncipes herederos a una corona, no son otra cosa en el fondo sino una mojiganga: culaquier plebeyo, por insignificante que sea, tiene más libertad para cortejar y elegir a su esposa que el más encumbrado príncipe de casa reinante.

En el pasado los jóvenes que iban a unirse no se podían ver sino momentos antes de que sus padres «cerraran el negocio» que tal unión supon-

a cuya virulencia todos los seres humanos, más tarde o más temprano en su vida, están expuestos. Nadie se salva, según él, de un amor romántico.

La sintomatología de ese amor, según el Dr. Voivenel, tiene un período de incubación muy parecido al del sarampión. La duración de ese período no puede fijarse con exactitud, pues depende del temperamento de las personas y de la intensidad con que se dejan poseer por la pasión.

En su inicio el mal produce una especie de decline de la percepción mental. Y de ahí los casos de mujeres desprovistas de grandes encantos que son delirantemente amadas por muchos hombres. De ello tenemos ejemplos en Baudelaire que amó sin tasa a Jeanne Duval, un tipo de hembra negra, huérfana de seducciones femeninas, y el mismo don Quijote, modelo de caballeros enamorados, que perdió el seso por una campesina completamente zafia.

Cuando una persona se siente verdaderamente enferma de amor, no puede vivir lejos del objeto amado, todo su ser se trastorna, sus ideas, su juicio, su espíritu experimentan una radical transformación, igual que si se sintiera bajo los efectos de una gran dosis de morfina. Alfonso Daudet, en su famosa novela «Safó», ha trazado un cuadro perfecto del enfermo de amor:

«Al principio, ella no le agradaba a él; después se acostumbró a su presencia, se le hizo necesaria; más tarde uno a otro se despreciaron; se hicieron reproches, discutieron, se celaron y todo el tiempo lo pasaban en una perpetua querrela. Mas la cadena se había forjado, y él no podía vivir sin aquella mujer que envenenaba su existencia. Observando un alcohólico o un morfínomano, se quedaba uno sorprendido de la absoluta identidad del proceso patológico que sufría aquel hombre enamorado, que no podía ya vivir sin esa mujer que era su delicia y su tormento a la vez».

En los amores desgraciados hay siempre un gran desgaste de los centros sensorios. La fuerza nerviosa disminuye como el voltaje de una lámpara eléctrica de la que se hace uso excesivo. La mirada se hace sombría, la piel pierde su color y tersura y todo el organismo pierde en vigor. Son los instantes en los que aparecen las ideas de suicidio. El enamorado se halla entonces en los umbrales de la locura. Si no reacciona, cae en el abismo

Ahora bien, estos síntomas no responden por igual en ambos sexos. Como ha observado el notable escritor francés, Etienne Roy «Un hombre enamorado da siempre la impresión de un loco, una mujer jamás, y sin embargo, es curioso advertir, en los ataques de delirio, las mujeres generalmente se enfurecen contra el amor y los hombres nunca».

A juicio del Dr. Voivenel y de otros hombres de ciencia, el amor es realmente una floración artificial, del espíritu humano que el mismo hombre ha cultivado «para hacer triunfar su egotismo individual sobre las leyes colectivas». La Naturaleza para asegurar la continuación de la especie pone determinadas substancias en circulación en los cuerpos con el fin de que éstos aparezcan más bellos de lo que son, pero cuando este temporal impulso se

EL GREMIO

ALMACEN DE ABARROTES AL POR MAYOR

ANTONIO URBANO G.

Teléfono 157 :—: Apartado 480

Cables: URBANO

Código A B C 5a. Edición.

hace permanente, y toma completa posesión de la mente, entonces se convierte en una enfermedad del espíritu. Son los momentos en los que se vive en un mundo de ilusiones y ensueños y en los que el ser amado y todo lo que se relacione con él aparece diferente de lo que realmente es. De ahí que los enamorados no vean el mundo como verdaderamente es y que al contacto con la realidad se sientan desolados.

Esa teoría de que el amor pone en circulación ciertas substancias en el cuerpo humano que lo inducen a embellecer todo lo que contempla el ser enamorado, la refuerza el Dr. Voivenel, con el criterio del fisiólogo americano, profesor Lillie, quien sostiene que el cerebro del enamorado segrega ciertas toxinas especiales que actúan sobre los lípidos o componentes celulares cerebrales, que trastornan el sistema ner-

vioso, dando lugar a estados anormales de pensamiento.

Según nuestro autor, el mal de amor entra primeramente en los hombres por los ojos, sintiéndose inmediatamente cautivados por la belleza femenina. Y si la mujer posee el arte de envolverse en misterio, su éxito es aún más rotundo. El cerebro masculino puede también ser capturado por la nariz, un hecho sobre el que la gran industria de los perfumes se asienta. Por esta razón muchos hombres temen a ese ataque nasal y critican el excesivo uso que de los perfumes hacen las mujeres.

Aparentemente, las mujeres son menos susceptibles a dejarse influenciar por lo que ven sus ojos, como lo demuestra el dato que casi todos los don Juanes son de aspecto feo. El duque de Richelieu, que vivió en el siglo XVIII y quien se anotó el mayor número de conquistas femeninas de su época, era un hombre de pequeña estatura y físicamente poco atractivo.

Volviendo a la influencia que el olor ejerce sobre el amor, después de haberse comprobado que hasta los tiempos modernos éste no ha desempeñado un gran papel en las lides amorosas, según ciertas investigaciones médicas, los don Juanes exudan una especie de perfume que produce un efecto igual al del cloroformo sobre sus víctimas.

Una particularidad del amor romántico, o sea la pasión amorosa exacerbada a la quinta potencia, es que resulta un gran incubador de celos. Los celos enturbian generalmente el cerebro de tales enamorados. Y, ¡qué impertinente se pone la víctima de tan horrendo extravío! No sólo se amarga su propia existencia, sino que la del objeto amado y de cuantos lo rodean la hace insoportable. En los celos, por lo general hay cierto sentido de inferioridad en quien los siente. Si los hombres y mujeres excesivamente celosos pensarán en lo ridículos que se ponen, abandonarían ese sistema y adoptarían el de una estudiada indiferencia que es la actitud mejor del mundo para atraer el interés del ser amado.

Respecto al «amor a primera vista», el Dr. Voivenel afirma que es un amor extremadamente raro. Generalmente se trata de impresiones agradables que se producen y sienten el hombre y la mujer que se encuentran por primera vez, pero no pasa de leves superficialidades, sin que el amor verdadero tome mucha parte. Y sin embargo, todas las grandes pasiones han nacido de un

amor a primera vista. Así como en las novelas y en la cinematografía es muy corriente, en la vida real el amor a primera vista es difícil de hallar.

De ahí que aquellos que se casan sin un hiperestesiado amor romántico, pero sí con el hondo deseo de amarse sencilla y noblemente, disculpándose sus mutuos defectos corrientes en todos los seres humanos, sean los que mejor matrimonio hacen, pues como no esperan nada novelesco y extraordinario, la coyunda no se les hace una carga, y a medida que pasa el tiempo, la vida misma en común se les va haciendo más grata, al recibir en cariño y respeto más de lo que esperaban.

Por último, no hay que olvidar que el amor es un estado de mente que difiere de manera extraordinaria entre todos los pueblos, civilizaciones e individuos. Cada uno lo comprende a su manera y lo experimenta según su grado de cultura y sensibilidad, por lo que nada hay en la vida que se preste a discutir tanto como tal sentimiento. A unos seres los hace santos, a otros criminales; unos se elevan a las más altas regiones del espíritu, posesos de un gran amor, y otros descienden a las más abominables acciones. Las cárceles y los asilos de alienados están llenos de enamorados, muchos de ellos a causa de un gran amor romántico. Y si muchos de nosotros escrutamos en el fondo de nuestra vida, pronto hallamos que una vez por lo menos estuvimos loca y románticamente enamorados, dispuestos a cometer cualquier barbaridad. Es que una vez por lo menos nos tiene que dar ese «sarampión», como dice el Dr. Voivenel. ¡Y pobre de quien no haya sentido la fiebre de un amorcito romántico! Habrá que clasificarlo entre los cavernícolas.

Los Nuevos Rápidos
GARAGE SANARRUSIA
A un colón la carrera

CINCO COLONES LA HORA

Fuera de la ciudad, precio convencional.

GARAGE SANARRUSIA
Taller de reparación de autos en general.
Carga de baterías.

Costado Sur del Teatro Nacional.
Teléfono 2488 San José, C. R.

SANTA CECILIA

REINA DE LA ARMONIA

NADIE ignora hoy que Santa Cecilia es la patrona universal de la música. Este patronato simpatiquísimo para todo el que se dedica al cultivo del divino arte ha sido aceptado por un tácito prebiscito mundial. ¿Por qué la Santa adquirió este honroso título de Reina de la armonía? La pregunta no deja de ser interesante, ya que nada sabemos de su habilidades musicales, ni de sus aficiones armónicas. En su vida de ilustre patricia no encontramos ningún vestigio que nos haga entrever siquiera algo sobre la materia.

La mujer ricamente vestida y ataviada con aderezos que aparece en las catacumbas, no ostenta indicio alguno musical. Así como tampoco en la Iglesia de su nombre de Trastevere, edificada ya en el siglo IV. En los bajos relieves de Colonia aparece con la palma y el libro en las manos. En los ventanales cambia la palma por la espada. Giovanni da Fiesola, ni Juan Van Eyck, ni Quartoro supieron nada de sus atributos musicales.

En la edad media existía ya la celeberrima antifona del oficio divino de la Santa: «Cantantibus organis... Al son y canto de los órganos la virgen Cecilia en su corazón cantaba a sólo el Señor...» Era el ofrecimiento que de su virginidad hacía la Santa al Señor ante el regocijo y las músicas del banquete nupcial.



Pero la torcida y peregrina interpretación dada a estas palabras dió origen a la creencia de que Santa Cecilia supiera de música. Y, a la verdad, desde entonces los pintores tomaron el asunto por su cuenta. En el tríptico atribuido a Cimabué aparecen junto a la Santa dos doncellas que redoblan al tambor. Es la primera alusión al caso.

El siglo XV señala un progreso notable a favor de la Santa. El bre-

viario Grimani, al estampar la antifona «Cantantibus organis», pone un órgano en brazos de Santa Cecilia. Alguien la pintó sosteniendo un instrumento, mientras el niño Jesús pulsa las cuerdas. Es curioso el relicario de Albi donde un ángel sirve de facistol y la Santa toca al laud. Pero, al parecer, fué Rafael con su hermosísimo cuadro quien popularizó a Santa Cecilia respecto a la música, representándola en 1518 extasiada al oír angélicas armonías, a sus pies diversos instrumentos musicales y en sus manos un órgano. Desde aquel entonces los pintores dejaron correr a su fantasía dibujándola en mil y mil caprichosas formas; pero siempre con algún instrumento musical. Para los pintores Santa Cecilia supo pulsar todos los instrumentos, sin distinción de los anti-

guos ni de los modernísimos. Este movimiento culminó en la consagración de la Santa como patrona de la música. La primera asociación musical que la declaró patrona oficial fué, quizá, la Academia musical de Roma en 1584. A partir de esta fecha todas las sociedades musicales se cobijan bajo su patronato y el 22 de Noviembre celebran su fiesta.

No cabe duda que han sido los pintores quienes han impuesto, en gran parte, a los músicos este simpático patronato. Ello no ha de ser óbice a que la veneremos desde el fondo de nuestro corazón, por cuanto pintura y música son las expresiones diversas de una sola Belleza y de una sola Armonía.

P. ITURRIAGA.

PENSAMIENTOS

—El alcoholismo inclemente empuja al individuo a la cárcel, al manicomio, a la ruina y a la muerte!!

—Los coléricos tienen su alma en las manos de los demás: Cualquiera puede agitarlos, atormentarlos, enloquecerlos.

—La neurastenia, en el fondo, no es más que el remordimiento de conciencia de los mal educados.

—La vanidad, la soberbia, el orgullo, son frutos de una mala educación y de una instrucción escasa.

—El hombre hábil para excusarse, no sirve para ninguna otra cosa.

FRANKLIN

—La confesión de un error es signo de fuerza moral y de capacidad intensa.

C. FLANMARION

CABALLERO: QUITESE LAS PREOCUPACIONES
PARA SU ESTRENO

TOME UNA ACCION DEL CLUB "SANDINO" QUE TIENE EN
FORMACION LA SASTRERIA Y TIENDA

LA PRINCESA

SITUADA 50 VARAS AL SUR DE LA BOTICA ORIENTAL

Llame al Teléfono 3217 y le mandaremos un prospecto donde Ud. desee.

¿ME CONOCEIS?

YO fabrico los adulterios, hago nacer en el corazón los pensamientos criminales, mancho los hogares, soy padre de los hijos sin padre, enveneno la raza, traigo el envilecimiento, la depravación, los suicidios, la locura, el crimen en mil formas imaginables.

Yo acabo con las familias, persigo a los abuelos en los nietos, hago perder la vergüenza, la dignidad, el honor, la buena educación.

Sastrería **GRANT**

Para la gente de buen gusto

CORTE ELEGANTE
ESTILO CORRECTO

VESTIDOS POR ABONOS

APARTADO 252

100 varas al Este del
TEATRO AMERICA

Yo pongo un velo sobre los ojos, sobre la conciencia, y hago parecer el crimen como venganza, la abnegación como pasatiempo, la inmoralidad como entretenimiento, el adulterio como conquista galante.

He ganado más victorias que Alejandro, he uncido más naciones a mi carro que Roma, he asaltado más pueblos que Atila.

También hago que los maridos

se rían de la felicidad de las esposas ajenas ¡neccios! por la ruina de sus esposas; por mi causa los jóvenes y los viejos se divierten haciendo epigramas contra la moral y la religión.

Aspiro convertir al mundo en un hospital, en un manicomio, en un circo donde estén encerrados tigres, asnos, puercos, halcones y buitres; quiero sangre, desolación, ruina, liviandades, rencores, guerras, desesperación y blasfemias.

Sé que me conocéis, pero no queréis nombrarme; todavía os resta el pudor de los hombres, ya que habéis perdido el de los hechos.

También soy vuestro Rey.
Yo soy el ALCOHOL!!

PREVENCION

Para evitar la sífilis, la conducta a seguir por el individuo debe ser la siguiente:

1.º—Practicar si es posible, la continencia sexual hasta el momento del matrimonio.

2.º—Evitar todo contacto sexual con personas de vida libertina o mujeres fáciles, ya que, en principio, puede considerarse que toda relación sexual fuera del matrimonio entraña un peligro de contagio.

3.º—Ser exageradamente limpio, utilizar preservativo o, por lo menos después del coito, lavarse las genitales con agua y jabón. A mayor abundamiento, se los podría embadurnar con una pomada preventiva; pero, a pesar de todos estos cuidados, no deberá despreocuparse, sino, por el contrario, observarse escrupulosamente todos los días.

4.º—Acudir al médico en cuanto advierta el menor síntoma sospechoso, o, insignificante que parezca, y someterse incondicionalmente al plan de tratamiento que se le ordene y,

5.º—Tener fe, esperanza y un decidido empeño en acabar con la enfermedad.

LAS POSIBILIDADES

La vida es como una arca inmensa llena de posibilidades. Es más bien como un inmenso río lleno de posibilidades.

No es aventurado esperararlo todo. No le cuesta más trabajo a esa corriente formidable, en que están las causas y los efectos, llenar una ánfora grande que una ánfora pequeña.

La aventura más extraordinaria puede, lo mismo que la más insignificante, venir en esas crespas olas que brotan de la fuente misteriosa del Ser, y a ella vuelven fecundando el infinito universo.

Revela, por tanto, gran desconocimiento de la magnitud de la vida y gran mezquindad de espíritu la desconfianza de que llegue una cosa, simplemente porque es muy bella. La cantidad de cosas bellas que dia-

riamente se otorgan al mundo y en las cuales el mundo suele no fijar la atención, distraído y atormentado por ansiedades vanas y egoísmos tristes, es incontable, es formidable, es pasmosa.

Las cosas, dice un pensador, nos parecen imposibles hasta el día en que se realizan.

No creas, pues, jamás, que la excelencia de un bien es condición negativa para su advenimiento.

Abre con tu confianza todas las capacidades de tu espíritu, ante la posibilidad de recibirlo. No sea que, cerradas por las llaves de tu escepticismo tus puertas interiores cuando llegue la felicidad suma que te tocaba en suerte, no pueda entrar... y se aleje para siempre.

Amado Nervo.

Almacenes de LIMON TRADING COMPANY EN SAN JOSE, LIMON Y PUNTARENAS

Distribuidores del famoso

"TE SALADA"

EL FAVORITO DE LOS CONOCEDORES

Polvos de Hornear

"CALUMET"

INDISPENSABLE PARA TODA AMA DE CASA

Jamones, manteca y demás productos de SWIFT & COMPANY, y las acreditadas conservas de LIBBY McNEIL & LIBBY.

Depósito permanente de materiales de construcción: Cemento, Pintura, aguarrás, aceite, hierro para techos y en varillas, ángulos, escuadras, tees, etc.—Tubos para cañería, alambre para cercas.

ABARROTES Y LICORES DE TODA CLASE

LOS EFECTOS DEL CINE

Un gran pensador ha dicho que el ambiente que se respira constituye las tres cuartas partes de la vida de una persona. Esto es cierto en lo físico, como en lo intelectual y en lo moral. Pues bien, respirando las muchedumbres ese ambiente corruptor de inmoralidades, y viendo todos los días cuadros de mal gusto o de ínfima clase, es como llegan a perder el gusto estético y la delicadeza moral. Y cuanta verdad no encierra esto, si el ambiente se respira a la sombra de la película, y si lo respira el niño que con razón es la esperanza de nuestras sociedades. Hay en la vida del hombre una edad que señala el punto de partida para casi todas las manifestaciones del espíritu: es cuando éste busca principios directores que le orienten hacia el porvenir, porque por sí mismo no tiene dirección alguna que le incline por un camino con preferencia a otro. Y con frecuencia esta dirección la encuentran el niño y el joven en el cine y en el cine peligroso. Todos sabemos que tal como funcionan la mayor parte de los cines en nuestras ciudades, se ofrecen a la vista del público una serie interminable de películas, en las cuales se ven o se representan la apología del vicio, la imagen cruda y descarada de la inmoralidad, sacada de su dilatada esfera pasional. Allí se encarnecen la religión, la caridad y la justicia; se burlan la autoridad y la vigilancia de un padre, y se enseña a los niños a ser malos hijos. Y sin embargo de esto, con frecuencia se ven muchos padres de familia, sin conciencia o con ella, que toman de la mano al hijo de sus entrañas, y tranquila y serenamente sin estremecerse de la acción nefanda que van a ejecutar, le acompañan a contemplar un cuadro, una escena inspirada en realismo de mal género, que le enseñan las formas más de-

licadas y perfeccionadas para los pecados, delitos y crímenes del mañana.

Sabemos por la experiencia que algunos padres, al aparecer determinadas películas decididamente pornográficas han puesto el sombrero ante los ojos de sus hijos para que no las vieran y han sido incapaces para levantarse y salir del local.

Fácilmente pueden calcularse los efectos desastrosos que en el modo de ser de los niños han de producir, necesariamente, ideas, imágenes, emociones, impresiones y conocimientos pasionales, sugeridos, suscitados y fomentados por obra y gracia de los cines.

Pobres niños; víctimas sacrificados tal vez por un amor mal entendido de sus padres. Asisten con frecuencia a espectáculos poco edificantes, van a ver películas poco o nada decorosas, e instintivamente se encontrarán practicando lo que allí han aprendido. Ellos pagarán las consecuencias en el presente y en el porvenir.

Mañana cuando ruja el mar de las pasiones ellas solas bastarán para ahogar la fe y las cristianas enseñanzas aprendidas al calor del fuego del hogar: y perdida la fe y perdido el temor de Dios, veremos cuán fácil es el camino al *suicidio*: los ejemplos tristes los palpamos a cada momento en nuestros días.



El cine malo es cual trampa con la cual, el Tentador a muchas almas se zampa.

EL SACRIFICIO

Por DAY EDGAR

EL interno, de pie junto a la gran mesa que presidía en el recibidor de la clínica privada de Hutchinson, aguardaba impaciente el regreso del médico de su visita al glorioso enfermo. Lo vio acercarse apresuradamente y oprimir nervioso el llamador eléctrico.

—¿Algo nuevo, doctor?—interrogó el interno.

—Lo mismo siempre, o mejor dicho, cada vez más cerca del final. Ahora quiere a su secretario otra vez. ¡Qué espíritu, qué fortaleza de alma! Las generaciones nuevas podrán escoger al doctor Leaming como un modelo de consagración científica.

El interno comprendió que estaba profundamente emocionado. El médico añadió:

—Encárgate de avisarle a la señora de Leaming que baje. Yo la obligué a ir a tomar un refrigerio; pero creo que queda muy poco tiempo...

Una delgada muchacha, de rostro pálido y enérgico, vistiendo el característico uniforme de las enfermeras llegó del corredor ansiosamente.

—El doctor Leaming la necesita, señorita Britt.

La muchacha hizo una leve inclinación, y dirigió sus pasos a la habitación del ilustre enfermo.

—¡Qué difícil cometido el de la señorita Britt! Yo no tendría valor para asistir a una agonía, como no sea en el carácter de médico.

—Sí, muchacho,—expuso el doctor Hutchinson con voz triste.—El público cree que nosotros carecemos de sensibilidad, y se equivoca. Una cosa es el médico y otra el hombre... La señorita Britt es todo un temperamento. Diariamente ha estado leyendo las notas a Leaming... Bueno, avisa a la señora.

El interno se alejó, y el doctor Hutchinson miró con emoción mal contenida hacia el inmediato cuarto.

La secretaria, sentada frente a una mesita junto a la cama, trabajaba activamente sobre sus cuadernos. Recostado entre altas almohadas, John Leaming, el eminente cardiólogo, agonizaba enfermo de la misma viscera que constituía su especialidad. De cuando en cuando se tomaba a sí mismo el pulso o se exploraba el lado izquierdo, con la inteligente curiosidad profesional que agudizaba y ennoblecía su rostro.

Hasta el recibidor llegaba su voz debilitada, pero serena, en un murmullo ininteligible.

La puerta del corredor se agitó y en el umbral apareció una enfermera, dando paso a la figura maciza del señor Otway, el colaborador económico de Leaming. Durante veinte años Otway había puesto todo su dinero a disposición de la ciencia pontificada en la ciudad por el gran cardiólogo. Se acercó a la mesa con una pena infantil retratada en el amplio rostro expresivo y bondadoso.

—Buenos días, doctor. Supongo que Leaming, desgraciadamente no estará mejor.

—Acierta usted. Está peor.

Y añadió, bajando la voz:

—Cuestión, acaso, de unos minutos.

Otway acogió la noticia con una lenta y grave inclinación de cabeza. Miró extraviadamente hacia el cuarto y reflejó su sorpresa, al escuchar una voz, en la mirada inquisitiva que clavó en Hutchinson.

—El está dictando... los síntomas finales.

—Dictando... ¿dictando, mientras se muere?—y su rostro congestionado por el dolor expresó un asombro tan sincero que hubiera sido cómica su actitud si sobre ella no pesara tan noble emoción.

—Sí... Está completando la historia clínica de un enfermo del corazón. Quiere llevar hasta el último momento un record de todas sus sensaciones.

—Y él... él... ¿se da cuenta de que se muere?

Hutchinson afirmó con un movimiento. Y completó:

—En este caso, ya ve usted, el paciente y el médico son un mismo sujeto.

Otra vez Otway miró hacia el cuarto, alegremente iluminado por el sol matinal. Con lágrimas en los ojos imploró casi:

—¿Puedo verlo, doctor? ¿Puedo darle un abrazo, el último consuelo, despedirme de él?

Hutchinson balanceó negativamente la cabeza.

—Su esposa es la única persona que debe verlo. Nosotros debemos dejarlo solo. Esta es su última oportunidad... ¡y lo que ahora escriba acaso sea su mejor obra!

Rápidos pasos se escucharon en el corredor. Una señora de mediana edad llegó agitadamente hasta la mesa. Profundas ojeras denotaban las noches de insomnio pasadas junto al enfermo; el rostro expresaba la honda conmoción de su alma; y en los ojos las lágrimas contenidas fingían una cortina de niebla.

—¿Cómo está, doctor? que ha pasado?

Sin aguardar contestación se fué hacia el cuarto; pero se detuvo en el umbral. Contempló unos minutos con mirada transida de dolor el cuadro que ofrecía aquel moribundo empeñado en dejar a la ciencia, hasta en el último segundo de su vida, una obra útil. Se volvió hacia Hutchinson.

—¡Está dicitando! ¿Usted cree que yo debo entrar?

El médico dudó.

—Señora... eso debe decidirlo usted misma.

Miró ella tiernamente al enfermo, y puso unos minutos atención al murmullo de su voz. Se volvió de nuevo al recibidor, tomó una silla y colocándola junto a la mesa en ella se dejó caer.

—No... no quiero... no debo ir ahora,—dijo quedamente, como hablando consigo misma.

De lejos, de las calles de la ciudad, llegaban los ruidos alegres de la primavera mañana, llena de sol, de luz, de vida. Se oyó el rumor sordo y trepidante de un tren elevado; un carromato hizo crujir el pavimento, cerca de allí; por la ventana se coló el estridente gritar de un vendedor encareciendo su mercancía... Voces de niños, ruido de carros, movimiento, bullicio, alegría de vivir. Y la pobre mujer, anonadada, que hubiera querido que un luto total envolviera al mundo porque su corazón estaba enlutado, oía todos aquellos sonidos y los interpretaba como una inconsecuencia a su dolor. De pronto cesó el murmullo que venía del cuarto del enfermo. Ella se puso rápidamente en pie.

—Oh, él...

El murmullo recomenzó. Se dejó caer de nuevo pesadamente, con los ojos clavados en la puerta del cuarto donde el compañero de su vida agonizaba. Con esa rapidez vertiginosa de los momentos supremos, su mente reconstruyó todas las imágenes de su feliz existencia junto a Leaming; sus placeres, sus ideales, sus luchas. En ningún momento ella se había sentido ajena a la labor de su esposo y estaba satisfecha de

haber sino para él una buena compañera.

Otway la contemplaba, sobrecogido. Aquel dolor callado, quieto; aquella palidez malsana de su rostro; aquellas profundas ojeras, lo conmovían como nada anteriormente lo había conmovido. Eso era el dolor, el dolor humano, sin hipérbole, sin estridencia; eso era la abnegación, el sacrificio, la generosidad. Aquellos momentos se le quedarían clavados para siempre en el corazón. Le hizo una seña a Hutchinson y salió del recibidor. Cuando el médico se le reunió, lo miró ceñudamente.

—Esto es horrible. ¿Por qué no le permite ir junto a su esposo? ¿Por qué no le hace ver que ese sacrificio es cruel, estúpido? ¿Que toda la vida va a lamentar no haberle dado a Leaming el inmenso placer de estar a su lado durante sus últimos momentos?

El doctor Hutchinson repuso solamente: Ella es la mujer de un médico.

Hubo una pausa.

—Bien. Yo no puedo resistir esto. Yo no regreso al recibidor. Aguardaré aquí la... la noticia. ¿Se servirá avisarme en seguida?

Cuando Hutchinson regresó junto a la esposa de Leaming, ésta se volvió hacia él.

—John creará que yo no estoy aquí... Acaso piense que yo no voy a su lado... por cobardía... por...

Hutchinson le puso la mano en el hombro y le dijo cariñosamente:

—Vaya, señora, vaya a decirle adiós.

Entonces los sollozos ya no tuvieron dique. Ella corrió desesperada.

Hutchinson la siguió velozmente. Vió a John Leaming recostado en la almohada más alta; los brazos le caían a ambos lados de la cama abiertos como a una última súplica; tenía el rostro sereno hacia la puerta. Había muerto.

La señora de Leaming, contemplando el cadáver de su esposo murmuraba atónita: Me llamaba... me esperaba... Ha muerto lejos de mí, sin saber por qué no he corrido a su lado. ¡Oh, Dios mío, qué remordimiento! Llévame con él!

La secretaria le mostró un mensaje para ella que decía:

Sé, mi querida Helen, que estás ahí, y sé perfectamente por qué no vienes. Te comprendo. Y tú me has comprendido siempre. Te quiero mucho.

Helen caminó lentamente hacia la cama. Y... lloró entonces lágrimas suaves, cálidas, tranquilas, sobre el pecho de su compañero.—Su sacrificio había sido comprendido en toda su magnitud.

ACCIDENTES DE TRABAJO

Señores Patrones:

Han pensado Uds. en la gran responsabilidad que pesa sobre Uds. en caso de un **ACCIDENTE DE TRABAJO?**

El seguro de sus obreros, a más de ser **OBLIGATORIO**, evita las muchas molestias y gastos que ocasiona el accidente más insignificante.

ASEGURESE HOY MISMO.

Pidan toda clase de informes al

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

¡Su SALUD es el mejor tesoro!
¡Cuidela! ¡Examínese periódicamente!

Exámenes de HECES,

PUS,

ORINA,

SANGRE, etc.

Reacciones: WASSERMAN,

BESREDKA,

WIDAL, etc.

Cultivos: HECES,

SANGRE,

PUS, etc.

LABORATORIO DE ANALISIS CLINICOS

Lic. CARLOS VIQUEZ

Teléfono 4114

==:

San José, C. R.

PROFESIONALES,
CONVALECIENTES,
ANCIANOS
y
COMERCIANTES;
TODA PERSONA
QUE NOTE DESGASTE
EN SUS SISTEMAS

NERVIOSO
Y
MUSCULAR

*ENCONTRARA ALIVIO RAPIDO
Y CURACION SEGURA, TOMANDO*

KOLATONA

*PREPARADO DE CALIDAD
DE LOS LABORATORIOS*

URIBE & ZELEDON

SAN JOSE, COSTA RICA